

No aprueba ninguna materia el 25% de los universitarios

Alumnos de distintos niveles descubren que no es su vocación o fracasan en los exámenes

Noticias de [Cultura](#): anterior | siguiente

Domingo 16 de marzo de 2008 | **Publicado en diario de hoy**

- Gisela Higa está a punto de terminar la carrera de Medicina en la UBA. A los 27 años, imagina un futuro en la medicina legal y forense. Y aunque está bien segura cuando lo dice, no siempre lo estuvo: empezó el CBC para Bioquímica y lo abandonó a mitad de año, sin rendir ninguna materia. Siguió con el de Ingeniería, con el mismo resultado. Al año siguiente se anotó en el de Medicina, y sólo entonces confirmó su vocación.

"Esos cambios me sirvieron como experiencia. Estaba indecisa; me gustaban las materias de Bioquímica, pero no me veía trabajando en eso. Cursar algunas materias me ayudó a decidirme por ser médica", contó a LA NACION.

Su caso es más frecuente de lo que se cree. Según cifras oficiales que sorprenden, casi el 25 por ciento de los estudiantes que se anotan cada año en las universidades estatales del país no aprobó ninguna materia el año anterior. La cifra llega casi al 20% en las universidades privadas.

En términos concretos, son en total casi 291.000 estudiantes que se inscriben en una carrera, pero fracasan en los primeros parciales, descubren a poco de andar que no es su vocación, deben abandonar a los pocos meses por la necesidad de trabajar o, directamente, nunca la cursan.

En cualquier caso, las cifras revelan la preocupante incapacidad de la universidad argentina para retener y acompañar a sus estudiantes - muchos con graves deficiencias del secundario-, apoyarlos para que sigan sus estudios aún en condiciones sociales desfavorables, u orientarlos para que no tomen decisiones de carrera que se frustran a los pocos meses.

El fenómeno señala, además, la distancia entre la realidad de las aulas y la normativa que las rige: según la ley de educación superior vigente, para conservar la condición de alumno regular hay que aprobar al menos dos materias por año.

"Los datos dejan ver un sistema universitario, para decirlo en crudos términos económicos, altamente ineficiente. Lo que muestran es bastante incapacidad para retener a los alumnos estudiando y avanzando en sus estudios", dijo a LA NACION Eduardo Sánchez Martínez, ex secretario de políticas universitarias y rector de la Universidad Blas Pascal, en Córdoba.

"Las universidades toman en cuenta alumnos que se vuelven a inscribir aunque no hayan aprobado nada el año anterior y que son potenciales desertores nuevamente", opinó Ana Fanelli, investigadora en educación superior del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (Cedes).

"Las universidades son flexibles frente a estos alumnos: no todas aplican lo que dice la ley, y muchas sólo toman una materia como condición de regularidad", afirmó. En ese estado -con sólo una materia aprobada el año anterior- está el 15,7 por ciento de los reinscriptos en universidades estatales y el 9,2 por ciento en las privadas.

"Ni aparecen"

Los expertos afirman que una buena proporción de quienes no aprobaron ninguna materia el año anterior son alumnos de primer año, cuando ocurre una deserción que se calcula en el 50 por ciento.

"Un factor explicativo es la desorientación con que muchos alumnos llegan a la universidad, sin saber bien qué quieren estudiar. Se inscriben, vienen a clase algunas semanas y se dan cuenta de que no es para ellos. O se anotan y ni aparecen", dijo Sánchez Martínez.

En ese caso, cabría pensar que los sistemas de admisión -variadísimos en el país, desde el examen eliminatorio a los requisitos mínimos- no están resultando eficaces ni para seleccionar ni para nivelar. Aunque, como aclaró Sánchez Martínez, "tampoco puede pretenderse que cursos de un mes o poco más remedien los graves problemas del secundario".

Otra característica de nuestros estudiantes universitarios se revela en estos números: su condición part time. "Hay situaciones de «parar y seguir» en la carrera por condiciones familiares, profesionales y laborales", describió Fanelli.

Además, las universidades en las que el porcentaje de alumnos que no aprobaron ninguna materia es mayor, pertenecen a zonas de menor desarrollo socioeconómico: Jujuy (63), Santiago del Estero (53%), Salta (40,7%), Catamarca (39,7%) y Misiones (38,7%).

"Allí se agrega la necesidad de trabajar de muchos estudiantes, factor sobre el cual las universidades tienen muy escasa capacidad de control, por la debilidad de los programas de becas y otras ayudas a los alumnos de menores recursos", apuntó Sánchez Martínez.

¿Por qué en las universidades privadas, donde se paga una cuota mensual, el fenómeno es casi equivalente? "Las razones son las mismas. Quizá no pueden pagar un año y vuelven al siguiente, o consiguen trabajo y deben abandonar", dijo Fanelli. Sin embargo, el rendimiento general es luego más parejo en las universidades privadas: quienes aprueban 2, 3, 4 y 5 materias oscilan entre el 8 y 9 por ciento, respectivamente.

"Algunas privadas tienen un sistema de tutores que no siempre es eficiente. El fenómeno es el mismo que en las públicas. Se habla mucho de estrategias de retención, pero se hace poco en la práctica y lo que se hace no es sistemático", dijo Víctor Sigal, investigador en educación superior de la Universidad de Belgrano (UB).

La situación pone a las universidades estatales masivas en una encrucijada: mantenerse abiertas pero, a la vez, retener y graduar a sus estudiantes. "Accede a la universidad gente de bajos recursos, que trabaja. Tenemos la obligación de estar pensando cómo sostener a los alumnos en el sistema", dijo Edith Litwin, flamante secretaria académica de la UBA, donde el 20,2 por ciento de los reinscriptos no aprobó ninguna materia el año anterior. "La universidad no puede ser selectiva. El desafío es dar calidad y hay que ver cómo la universidad se está haciendo cargo de la gestión pedagógica."

A veces, la voluntad de estudiar es insuficiente. Como contó Gisela Higa, "la universidad no está preparada para gente que trabaja, y en muchos trabajos no te quieren tomar cuando saben que estudiás carreras como Medicina, tan demandantes, porque piensan que vas a pedir muchos días por examen".

Por Raquel San Martín
De la Redacción de LA NACION

Deficiencias administrativas

Más allá de cuestiones pedagógicas, la propia administración de las universidades muestra deficiencias. "En muchas instituciones, no hay mecanismos aceitados para hacer un real control de cómo van los alumnos en sus materias", dijo Fanelli.

Concretamente, además, si un tercio de los que se declaran alumnos no lo son realmente, la cantidad de jóvenes que efectivamente llegan a la universidad en la Argentina -calculada en el 47 por ciento de quienes tienen entre 18 y 24 años- podría ser menor.

"El presupuesto por alumno activo también sería más alto de lo que se dice", calculó Sánchez Martínez.

Para el 65%, la escuela pública es mala

Un porcentaje similar cree que la calidad educativa se mantuvo igual o empeoró en los últimos años

Noticias de [Cultura](#): [anterior](#) | [siguiente](#)

Viernes 18 de julio de 2008 | **Publicado en diario de hoy**

La idea de la escuela como tabla salvadora, que se mantiene en el imaginario argentino, empieza a convivir, incómoda, con otra: la educación pública es cada vez más deficiente.

La sensación puede ponerse en números: el 65% de los argentinos cree que la escuela pública es bastante o muy mala, mientras que el 21,4% la considera bastante buena y sólo el 7,2% afirma que es muy buena. Además, el 34,2% considera que la educación privada es mejor, frente al 30 % que elige la pública.

Los resultados provienen de un sondeo realizado por la empresa Ibarómetro, que encuesta mensualmente a 1500 argentinos sobre distintos temas en todo el país y que el mes pasado, por primera vez, incluyó percepciones sobre la educación y la salud públicas.

Según el sondeo, la percepción negativa sobre la educación se extiende al pasado reciente. El 64,7% de los encuestados afirmó que la calidad de la educación pública está igual de mal o peor que en los últimos cuatro años, que coinciden con los años de crecimiento económico poscrisis y la percepción de mayor estabilidad. Sólo para el 11,3% la calidad educativa mejoró en este tiempo.

"No sorprenden los resultados. Hay un discurso público que dice esto y, si uno toma indicadores como las evaluaciones internacionales recientes, es cierto que los resultados han empeorado", dijo a LA NACION Inés Dussel, directora del área de Educación de Flacso.

"Es verdad que hay serios problemas de calidad en la escuela, pero las percepciones son eso, y no realidades", alertó, y recordó una investigación que coordinó el año pasado, con la Fundación Santillana, con encuestas a profesores y alumnos de nivel medio del país, en el que la valoración de las escuelas era alta.

De hecho, según cifras oficiales, casi el 75% de los alumnos argentinos van a escuelas públicas.

Dos de ellos son las hijas de Mario Filipini, que cursan el nivel medio en el Colegio Mariano Acosta, tras hacer la primaria en el Instituto Bernasconi. "Creo que a pesar del deterioro que la escuela pública sufre día a día, es mejor que la privada. Los chicos están mucho más conectados con la realidad, con lo que uno vive todos los días", dijo a LA NACION.

Filipini reconoció los problemas de infraestructura y los días de clases perdidos por paros, pero los enmarcó en una crisis extendida: "Hay un deterioro social general y creo que no existe una política educativa, como no hay una política agraria o industrial".

Cuando se miran las respuestas más de cerca, el género y la edad no marcan diferencias en el pesimismo. Las mujeres tienen una mirada algo más negativa que los hombres sobre la calidad actual de la educación -66,8%, contra 63,6%- y quienes tienen entre 45 y 59 años son los más pesimistas, con el 69,7%, al calificarla de bastante mala o mala.

Grados de pesimismo

Sin embargo, el nivel educativo pesa en la percepción, que se hace más negativa a medida que los encuestados tienen más formación. Casi 7 de cada 10 personas con nivel terciario o universitario creen que la educación es bastante mala o muy mala, mientras suscribe esta idea el 67,2% de los que tienen nivel medio y el 62,1% de los que completaron la primaria.

"Hay que preguntarse por qué ese descontento no se transforma en una voz que presione por cambios", dijo Gustavo Iaies, presidente de la Fundación Centro de Estudios en Políticas Públicas (CEPP). "Venimos del debate por una ley de educación, y de una campaña electoral en la que este tema no apareció. No parece que la sociedad esté muy preocupada por esto, y se aprobó una ley que casi no plantea cambios", afirmó.

"Esta es una sociedad en la que el eslogan de defensa de la escuela pública no permite ver qué pasa realmente ahí adentro y plantear cambios", alertó Iaies. "Nadie se anima a discutir a fondo la escuela pública. Hay que preguntarse por qué el Estado no se siente presionado", dijo.

Los expertos coincidieron en que la ausencia de reclamo organizado por la calidad educativa tiene correlato en una acción concreta: el paso de parte de los sectores medios a la educación privada.

"Los sectores medios salieron de la escuela pública, porque creen que es mala y ya ni siquiera le dan la oportunidad de desmentirlo", dijo Dussel. "La consecuencia de esta percepción es que el que tiene más nivel educativo y por eso más recursos manda a sus hijos a la escuela privada. Y eso prolonga las desigualdades", apuntó.

Eso no significa que los sectores más bajos de la escala socioeconómica no sean críticos. La encuesta midió la percepción según ocupación y quienes trabajan en servicio doméstico, los obreros y los desempleados fueron tan críticos como los profesionales al evaluar la calidad educativa.

"Los sectores bajos normalmente valoraban más la escuela pública, pero para ellos también se transformó en un problema. La fuga más fuerte al sector privado se da en familias que ganan \$ 1200 por mes. El hecho de que decidan hacer esta inversión muestra el grado de desvalorización que tiene la educación pública", apuntó Iaies.

La ausencia de reclamo público por la calidad puede tener que ver con esta diferencia. "Los que pueden tener voz en el sistema educativo público salen de él y los que quedan tienen una capacidad de demanda reducida", dijo Dussel.

Las experiencias en la escuela pueden no depender de la gestión pública o privada de las instituciones, sino de los directivos y docentes. Eso piensa Filipini tras la experiencia de sus hijas en escuelas públicas: "Aunque el sistema se va deteriorando, si la persona trabaja bien, lo institucional pesa menos. Hay mucha gente que hace bien su trabajo", resumió.

**Por Raquel San Martín
De la Redacción de LA NACION**

El hábito de leer también se adquiere sin utilizar libros

Consejos para estimular la lectura a partir de las actividades cotidianas

Noticias de [Cultura](#): anterior | siguiente

Lunes 14 de enero de 2008 | **Publicado en diario de hoy**

Los libros no son la única herramienta para que los chicos experimenten por qué es interesante y atractivo leer. Hablar de lo que se lee y de cómo está escrito, recordar lecturas de la infancia con los chicos, usar el correo electrónico y hasta actividades cotidianas como armar la lista del supermercado o compartir el diario a la mañana pueden ser tan eficaces como una biblioteca para crear un ambiente hogareño que despierte la pasión por leer y escribir.

Más allá de la indiscutible utilidad de leer habitualmente a los chicos, y de que ellos vean a los adultos leer —y disfrutarlo—, los especialistas invitan a los padres a tener una concepción amplia de la lectura y pensar que en una casa circula una gran variedad de textos, incluidos los que habilita Internet.

"El libro es una excusa interesante, pero no es el único medio para entrar en la cultura escrita. Además de los que están en la biblioteca, en una casa hay otros textos circulando, algunos menos visibles, como el diario, que también ayudan a la vinculación con lo cultural. Leer no se da sólo con textos escolares o eruditos", señaló a LA NACION Andrea Brito, investigadora de Flacso, donde coordina un posgrado sobre lectura y escritura.

Para la Fundación Leer, las actividades cotidianas son "excelentes oportunidades" para crear "un ambiente lector estimulante".

En una serie de consejos que la entidad dedicada a promover la alfabetización y la lectura difundió recientemente, se sugiere pensar en revistas, notas, envases, carteles y diarios como soportes para textos domésticos. También aconseja leer y escribir en presencia de los chicos con diferentes fines (por placer, para informarse, para resolver una tarea) y compartir situaciones cotidianas con ellos, como leer una receta o instrucciones para hacer funcionar un aparato, escribir una nota a la maestra, dejar recordatorios en la heladera o mensajes para otros miembros de la familia.

Empezar por conversar

Hablar sobre la lectura y la escritura es una recomendación que se repite. "Hoy se habla de lectura compartida, porque la producción de sentido es social. Hay que generar situaciones que inviten a compartir. En relación con los libros, se puede hablar de los contenidos y de la ficción de un texto, pero también del lenguaje en el que está contado, de la edición del propio libro (si tiene fotos, dibujos u otros elementos), o hablar del acto de leer, de lo que produce y modifica en cada uno una lectura", dijo Gustavo Bombini, doctor en Letras y coordinador del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación.

"Esto apunta a otros procesos de aprendizaje. Hablar sobre la propia lectura es abrir un camino potencial que sirve de base para aprender otras cosas", advirtió Bombini.

"La entrada de la lectura y la escritura en el ámbito familiar se puede dar por el lado de la oralidad y la conversación. Hablar de lo que se lee es un modo de ingresar en la cultura escrita", coincidió Brito. Se puede, por ejemplo, encontrar similitudes entre personajes de distintos libros, hablar de lo que no se entiende o resulta difícil en un texto, o relacionarlo con otros lenguajes. Una película, un dibujo animado y ciertos videojuegos, apuntó Brito, son puertas de entrada a textos literarios porque se basan o hacen referencia a ellos, o porque despiertan su recuerdo.

En ese sentido, los adultos tienen una herramienta clave que no siempre aprovechan: sus propias experiencias de lectura cuando eran chicos o adolescentes, que se pueden compartir. "No hay que ser un especialista. El adulto debería pararse en las preguntas que él mismo se hace frente a la lectura; admitir que no todo gusta; que

se puede elegir lo que se lee; que hay diversidad de géneros y soportes para leer, y transmitir a los chicos los criterios de selección", dijo Brito.

Internet también puede aprovecharse, en la medida en que demanda lectura. "En lugar de tenerles miedo, lo interesante es ver cómo las nuevas tecnologías colaboran para resignificar la lectura y qué experimentación se da con la lectura en la pantalla. El libro tradicional ya se combina con otros lenguajes, como la imagen. En las nuevas tecnologías, lo escrito se combina con lo visual, lo musical, lo icónico, la imagen en movimiento", describió Brito.

La escuela propone

La escuela es una aliada natural para formar futuros lectores. Más aún, en muchos sectores sociales es quien hace entrar los libros a las casas. "Un modo de potenciar el lugar de la familia como promotora de la lectura se da cuando la escuela establece vínculos con la familia y la compromete. Hay, incluso, hogares donde los libros entran de la mano de los chicos", apuntó Bombini.

Comentó experiencias en marcha en distintas escuelas del país en ese sentido. Por ejemplo, convocar a los papás fuera del horario escolar a talleres de lectura ("hay experiencias de padres inmigrantes que intercambian relatos sobre sus culturas", contó) o invitarlos a la biblioteca escolar, un importante centro de irradiación de textos escritos en muchas comunidades, a leer a los chicos. "Esto tiene un impacto formativo en los padres, que luego pueden replicar estas experiencias en sus casas", apuntó Bombini.

También hay libros que salen de la escuela y circulan por las casas de los alumnos junto con un cuaderno de notas de lectura que la familia debe completar.

La escuela es clave, además, cuando se da el caso contrario: chicos o adolescentes con inclinación a leer en hogares donde la lectura no es una práctica cotidiana. Hay quienes piensan que ésa no es una situación infrecuente.

"No hay una fractura entre una sociedad con adultos que leen y jóvenes que no. Los adultos tienen incorporada la retórica de la lectura y la escritura, pero no su práctica", señaló Martín Kohan, escritor (reciente ganador del Premio Herralde, con su novela *Ciencias morales*), docente universitario y ex profesor en escuelas medias.

"Está muy extendida la falacia de imaginar una sociedad adulta lectora que no lo sabe transmitir a los jóvenes. Hay un discurso moral sobre la necesidad de leer, y si hay algo que tienen los adolescentes es entrenamiento para detectar esas hipocresías", opinó Kohan.

Para el escritor, "la casa es decisiva", pero aclaró: "Si la lectura fuera una práctica natural e incorporada en los adultos, no habría que enseñar nada ni tener tantas estrategias y disciplina. Ver a tus padres leer te da por lo menos cierta intriga".

Por Raquel San Martín
De la Redacción de LA NACION

Desde la casa

- Pensar que en una casa circula una variedad de textos que se pueden usar como puerta de entrada a la lectura: diarios, revistas, notas, mensajes e Internet, entre otros.
- Hablar de la lectura y de los libros. Se puede conversar sobre los personajes y la historia, compararlos con los de otros libros; sobre cómo está escrito un texto, sobre las dificultades que presenta, sobre las ilustraciones, sobre las cosas que uno aprendió, recordó o imaginó leyéndolo.
- Compartir con los chicos las lecturas de la infancia y adolescencia. Contarles y mostrarles qué libros eran los preferidos, cómo y dónde se los leía, por qué se los elegía.
- Usar el cine, los dibujos animados y los videojuegos que hacen referencia a textos literarios. Buscar esos libros y compararlos.

- Aprovechar situaciones cotidianas, como hacer la lista del supermercado, leer una receta, desayunar leyendo el diario (los chistes son particularmente atractivos para los chicos), leer instrucciones para hacer funcionar un aparato, dejar mensajes para otros miembros de la familia o escribir notas para la maestra. Leer y escribir en presencia de los chicos con distintos fines (para informarse, por placer, para resolver una tarea).
- Utilizar Internet y el correo electrónico como medios que dan un lugar renovado a la lectura.

MIÉRCOLES 12 de Marzo de 2008 - ENVIAR POR E-MAIL

Dardo Ramirez Braschi (dramirezbraschi@yahoo.com.ar) envía esta nota desde LANACION.com .

Los intelectuales y el país de hoy

"La universidad no puede ser masiva"

http://www.lanacion.com.ar/cultura/nota.asp?nota_id=994835

Lo dice Marcelo Villar, rector de la Austral

"En la Universidad no hay secretos. No hay que hacer grandes malabarismos para tener calidad. El mundo desarrollado está desarrollado porque ha hecho las cosas bien. Y si nosotros estamos subdesarrollados es porque nos hemos empeñado en hacer las cosas al revés."

Investigador principal del Conicet y rector de la Universidad Austral desde el mes pasado, el médico Marcelo José Villar, de 54 años, tiene muy claros los modelos a los que debe apuntar la educación argentina.

Y también señala el camino que no se debe recorrer. "La masificación es el

gran drama de la universidad argentina. Influye en otro problema grave: el nivel con el que se gradúan los estudiantes. Aquí es donde se debe dar la batalla. La universidad no puede ser orientada a las masas."

Villar habla con conocimiento de causa. Es profesor universitario desde 1974, cuando comenzó en la cátedra de anatomía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA), y recibe alumnos que llegan a la facultad con deficiencias de formación que muchas veces demandan años para ser corregidas.

A su experiencia universitaria, el doctor Villar suma acreditados méritos como investigador científico. De 1987 a 1998, realizó investigaciones sobre temas vinculados con el sistema nervioso en los departamentos de Histología y Neurobiología y de Neurociencias del prestigioso Instituto Karolinska, de Estocolmo. Su especialidad es el estudio de los mecanismos de regeneración en el sistema nervioso y ha desarrollado investigaciones sobre la transmisión en la regulación del dolor. En los últimos seis años fue decano de la Facultad de Ciencias Biomédicas de la Universidad Austral, en Pilar, donde desarrolló el Hospital Universitario. Allí trabajó codo con codo con el valorado académico César Bergadá.

-¿Qué misión tiene una universidad?

-Hay distintas maneras de concebir la universidad. Uno la puede tomar como una institución formativa, generadora de títulos, para proveer aquellas profesiones que el mercado o la sociedad pide. Pero es mucho más que eso. Es una comunidad de valores vivos, una institución formativa que transmite valores. Ahí está la riqueza de la universidad.

-¿Esta concepción está extendida en el campo universitario?

-Varía. A mí me cuesta mucho dividir las universidades en estatales y privadas. Hay que diferenciarlas entre las que son buenas y cumplen verdaderamente con su misión y las que no lo hacen. O las que cumplen solamente con uno de los aspectos de los que hablábamos. Es fundamental no centrar todo en la formación de jóvenes. Pondría al mismo nivel, o aun en una jerarquía más elevada, el desarrollo del conocimiento. No hay manera de entender la universidad si no es a través de un sistema de producción científica seria, objetiva, de alta calidad y expuesta al juicio de los pares.

-El país tuvo épocas en las que el desarrollo científico era importante en la universidad. ¿Hoy no es así?

-La Argentina, históricamente, ha sido un mosaico. Ha tenido siempre, y las sigue teniendo, muestras de brillantez. Y también tiene muestras de miseria, que reflejan una falta de nivel educativo y de calidad. En muchos países del Primer Mundo hay una conciencia social mucho más extendida del valor que tiene el conocimiento. En la Argentina ese valor está en algunos sectores de la

sociedad. Tenemos muchos ejemplos para mostrar cómo se jerarquiza lo que no vale y cómo se posterga lo que en realidad tiene sentido. Lo vemos muchísimo en los medios de comunicación, en la promoción de personas que no deberían ser promovidas. Los científicos han sido siempre más bien parias en la sociedad argentina: personas que van en contra de la corriente.

-A pesar de la demanda en favor de la producción de títulos, la universidad no parece cubrir tampoco esas expectativas, porque se gradúan pocos estudiantes...

-No son tan pocos. Tal vez en algunas áreas sean demasiados. El problema es el nivel con el que se gradúan. Hay universidades que son agencias entregadoras de títulos y no necesariamente definen un nivel. Hay otras que no, que lo hacen muy bien. Y hablo tanto de universidades estatales como privadas.

-¿Qué cosas habría que corregir?

-Lo primero que hay que jerarquizar es el nivel intelectual y la capacidad de los estudiantes. La universidad no puede ser orientada a las masas. El gran drama de la universidad argentina ha sido la masificación. También ocurrió en otros países. Es uno de los elementos que más han contribuido a lesionar la misión de la universidad. También hay que tener profesores que estén presentes, con una dedicación *full time* o, por lo menos, preferencial. Profesores que no lleguen solamente a dar su clase y luego se vayan y nadie pueda consultarlos.

-¿Se cumple la finalidad de la investigación?

-Hay universidades que hacen investigación en muy buen nivel, pero eso no llega a los estudiantes. La docencia se da por un lado y la investigación por el otro.

-¿A qué atribuye los problemas de la universidad?

-Hay una mezcla de cuestiones que hacen a intereses políticos. La masificación lleva a la politización y en muchos casos los recursos se orientan hacia otros temas. La educación en la Argentina no es una prioridad. El sistema educativo requiere que los chicos estén bien formados en el primario y en el secundario. Y eso no pasa. Como profesor de Anatomía en la carrera de Medicina desde 1974 recibo chicos en primer año de la universidad. Y es notable cómo se perciben las deficiencias en su formación. Eso nos obliga en la universidad a pasar por un período de transición, en el que los "universitarizamos", los ayudamos a madurar y a convertirse en eso que dicen que son por haber ingresado, aunque no lo son en su modo de comportarse, en su sentido crítico y capacidad para estudiar y retener. Tenemos ahí un trabajo extra en la universidad.

-¿Lleva mucho tiempo ese período de recuperación?

-A veces lleva hasta dos años recuperarlos. Vemos chicos muy buenos a los que les falta entrenamiento, disciplina para el estudio.

-¿Eso se ve tanto en universidades estatales como privadas?

-En términos relativos, la universidad pequeña tiene bastantes ventajas sobre la masificada. Si una universidad privada se masifica se corrompe tanto como una estatal que se masifica. Si una universidad privada se mantiene chica, hace investigación y tiene una relación docente/alumno adecuada, será igual de buena que una universidad estatal que haga lo mismo. Tenemos muy buenos ejemplos de universidades estatales que han sabido mantener esto.

-¿Las distorsiones que usted señala se dan en otras partes del mundo?

-El mundo desarrollado está desarrollado porque ha hecho las cosas bien. Y si nosotros estamos subdesarrollados es porque nos hemos empeñado en hacer las cosas al revés. No se trata de inventar la pólvora, no hay secretos. Se trata de actuar con sensatez.

-¿Qué piensa cuando las organizaciones estudiantiles, como en los casos de la UBA y el Carlos Pellegrini, impiden el desarrollo de las instituciones y la elección del rector?

-Una vez escribí un artículo en LA NACION, titulado "El problema universitario", y recibí varias críticas en cartas de lectores. Las respondí simplemente con una cita de Bernardo Houssay: "En las universidades serias no hay estudiantes en el gobierno. Aquellas en las que los hay dejan de ser serias inmediatamente". Es imbatible y demoledor. Yo no conozco universidades serias en Europa o en Estados Unidos, que son el modelo que tenemos en la Austral, que tengan estudiantes en sus órganos de gobierno. Los alumnos pueden estar en alguna dependencia o estratos intermedios. Pero de ahí a definir el modelo de universidad, estrategias, políticas o líneas de investigación hay un camino demasiado largo. Eso es un signo del deterioro de la calidad universitaria.

-¿La profundización de la crisis educativa es por una cuestión de fondos?

-En la universidad no es que falten recursos. Hay bastantes. En estos últimos años la Argentina tiene signos positivos. Que el Gobierno haya elevado el área de ciencia y tecnología al rango de ministerio es algo objetivamente positivo y muy beneficioso para las universidades, estatales y privadas. Ahora, la universidad tiene otras obligaciones: allí donde está masificada, debe tratar de solucionar ese problema; allí donde los sueldos son bajos, debe jerarquizar a sus docentes. Las culpas en la Argentina nunca están de un solo lado: son

bastante compartidas. Por eso es tan difícil la solución.

Por Mariano de Vedia

De la Redacción de LA NACION